

Biomédica Instituto Nacional de Salud

Volumen 22, suplemento No. 2 - Bogotá, D.C., Colombia - Diciembre, 2002

Alberto Concha, editor invitado

COMITE EDITORIAL

Elizabeth Castañeda, editora
Santiago Nicholls, editor
Carlos Arturo Hernández, coeditor
Martha Renza
Gerzaín Rodríguez
Jorge Boshell
Gabriel Carrasquilla
Nancy Gore Saravia
Antonio Iglesias
Leonard E. Munstermann
Gloria I. Palma
Angela Restrepo

BIOMEDICA

La revista *Biomédica* del Instituto Nacional de Salud es una publicación trimestral, eminentemente científica.

Está amparada por la resolución número 003768 de 1981, emanada del Ministerio de Gobierno, y con tarifa postal reducida según resolución número 1128 del 5 de mayo de 1982.

Ninguna publicación, nacional o extranjera, podrá reproducir ni traducir sus artículos o sus resúmenes, sin previa autorización escrita del editor.

Ni la revista, ni el Instituto asumen responsabilidad alguna por los puntos de vista expresados por los autores.

La revista no publicará ningún tipo de propaganda comercial. Los nombres de equipos, materiales y productos manufacturados que eventualmente puedan mencionarse, no implican recomendación ni propaganda para su uso y sólo se mencionarán como identificación genérica.

La revista *Biomédica* forma parte del *Índice Nacional de Publicaciones Serias Científicas y Tecnológicas Colombianas* de Colciencias y aparece reseñada en *Index Medicus/Medline*, en el índice de la *Literatura Latinoamericana en Ciencias de la Salud* (LILACS), en el *Sistema de Información Bibliográfica Regional Andina* (SIBRA), en *CAB Abstracts, Review of Medical and Veterinary Entomology*, y en el *Índice Latinoamericano de Revistas Científicas y Tecnológicas* (LATINDEX).

INSTITUTO NACIONAL DE SALUD

Avenida Calle 26 No. 51-60

Apartado aéreo 80334 y 80080

321 Zona 6, Bogotá, D.C., Colombia, S.A.

<http://www.ins.gov.co>

Editorial

La investigación sobre salud y violencia:
un paso adelante en la prevención

El principal problema social y de salud en Colombia es la violencia. No hay otro problema que afecte tanto la vida diaria y a todos los sectores de la sociedad como la violencia. Esta es una pesadilla cotidiana, endémica hoy en día, con la cual no se puede convivir por siempre ni en forma pasiva. No se trata sólo del prolongado conflicto armado que hace noticia de prensa día a día, y cuya lamentable hilera de muertos, viudas, inválidos, desplazados, secuestrados y plagiados han llorado sin consuelo miles de hogares, sino también de esa violencia menos visible que hace insegura la vida para mujeres, niñas y niños en sus propias casas, o la callejera que se atribuye a pandillas juveniles y a delincuentes de distinta procedencia, o la que produce el crimen organizado del narcotráfico con su perversa capacidad de corrupción social.

El sector salud tiene la obligación y las posibilidades de contribuir a la búsqueda de soluciones a la violencia, su papel no es el de simple receptor de víctimas. Parte de ese papel se da promoviendo el estudio, la investigación y el análisis de su aparición, causas y factores de riesgo, así como la implementación y evaluación de proyectos preventivos. Se aporta así en la definición de lo que se puede hacer para detener esta demencial carrera hacia la autodestrucción. Así lo han hecho en Colombia investigadores y salubristas desde tiempo atrás. Siempre habrá que recordar entre tantos de ellos al doctor Héctor Abad Gómez, quien como otros muchos médicos y trabajadores de la salud, fue víctima de este caos.

El panorama de la violencia a nivel universal se destaca en el recientemente publicado *Informe mundial sobre la violencia y la salud* de la OMS, lanzado globalmente en Bruselas el 3 de octubre de 2002 y en Bogotá, en compañía de los viceministros de salud de Venezuela y Perú, el 16 del mismo mes, cuando también fue presentado en el auditorio del Instituto Nacional de Salud. Como lo señala el informe, por violencia murieron 1,6 millones de personas en el año 2000, la mitad de ellas por suicidio o violencia autoinfligida, 540 mil por homicidios o violencia interpersonal y 320 mil bien por conflictos armados intra o entre países o por otras formas de violencia colectiva. En este documento se define que "Violencia es el uso intencional de la fuerza física o el poder, real o por amenaza,

contra la persona misma, contra otra persona, o contra un grupo o comunidad que puede resultar en o tiene alta probabilidad de resultar en muerte, lesión, daño psicológico, problemas de desarrollo o privación”, definición ésta que contiene dos conceptos centrales, la intencionalidad y el efecto o daño del evento violento en la o las víctimas.

Si el acto violento es intencional, entonces, también se puede evitar, o sea es posible no realizarlo. Con base en esa idea se sustenta más aún la necesidad de investigar y proponer intervenciones preventivas de este flagelo social. Basta señalar que ha sido recibido como una herramienta de trabajo y no como un simple libro de archivo. En 350 páginas se tratan diversas formas de violencia, así: violencia juvenil, abuso y negligencia contra los niños y las niñas, violencia entre parejas, abuso del adulto mayor, violencia sexual, autoinfligida y colectiva. Se discute en forma amplia su magnitud, sus múltiples causas y la posibilidad de prevenirla, sustentados en una extensa bibliografía.

El informe termina con un capítulo en el que se discuten nueve recomendaciones que deben ser consideradas como guía de acción: 1) crear, aplicar y supervisar un plan nacional de acción para prevenir la violencia; 2) aumentar la capacidad de recolectar datos sobre la violencia; 3) definir las prioridades y apoyar la investigación de las causas, las consecuencias, los costos y la prevención de la violencia; 4) promover respuestas de prevención primaria; 5) reforzar las respuestas a las víctimas de la violencia; 6) integrar la prevención de la violencia en las políticas sociales y educativas, y promover así la igualdad social y entre los sexos; 7) incrementar la colaboración y el intercambio de información sobre la prevención de la violencia; 8) promover y supervisar el cumplimiento de los tratados internacionales y la legislación y otros mecanismos de protección de los derechos humanos; y, 9) buscar respuestas prácticas y consensuadas a nivel internacional al tráfico mundial de drogas y de armas. Todas y cada una de estas recomendaciones deben ser tenidas en cuenta en Colombia, su utilidad es evidente. De alguna forma el informe nos muestra que Colombia no es el único país con violencia generalizada.

Por considerar que el tema es de la mayor importancia para la investigación científica, *Biomédica* convocó a investigadores a publicar sus trabajos en el número especial dedicado al tema. No todos pasaron la lupa de los revisores, lo cual esperamos sea recibido como un incentivo para mejorar, para persistir en esta tarea. El propósito de este número dedicado al tema de la violencia no es otro que llamar la atención, en particular, pero no sólo del sector salud, para que continuemos aportando y trabajando por la paz social, apostando por la no violencia, a pesar de algunos vaticinios en contra, con buenas investigaciones que nuestras páginas acogerán para publicación.

Se han seleccionado una serie de artículos de investigadores nacionales e internacionales que tocan diversos aspectos del problema, en los que se muestran sus varias expresiones y facetas. Brevemente destacamos su contenido.

Una investigación llevada a cabo en El Salvador, en el Instituto de Opinión Pública de la Universidad Centroamericana, toca una experiencia vivida en otra latitud latinoamericana en la que el conflicto bélico afectó la historia de vida de cientos de salvadoreños. Su estudio sobre las motivaciones y experiencias durante la guerra y en la actualidad, en 293 niños y niñas soldados, hoy jóvenes adultos, además del valor investigativo científico, tiene el mérito de llamarnos a la reflexión sobre las connotaciones personales y sociales para quienes se involucran en este tipo de acciones, con plena vigencia para la realidad colombiana de hoy. En El Salvador se logró un acuerdo de paz en 1992, con participación de la comunidad internacional, nos preguntamos si esa posibilidad está negada para nuestro conflicto.

Un documento del Programa de Salud Mental de la OPS muestra lecciones aprendidas en conflictos armados y ofrece alternativas para la atención de las víctimas y desplazados por los mismos, y presenta los potenciales daños a la salud mental a aquellas personas enfrentadas a este tipo de traumas masivos.

Con otra visión pero también desde lo mental, el autor de *La metástasis de la violencia o la salud cuestionada* nos ofrece su mirada al problema desde el psicoanálisis. El tema es trabajado a la manera

propia del psicoanálisis, con su lenguaje e interpretaciones que si bien no pertenecen al mundo de lo cotidiano, es necesaria en un foro científico como éste. No hay teoría única, son muchas las que se requieren. Ojalá dispusiéramos de un diván colectivo, donde las pasiones y agresiones se pudieran resolver en la paz de la consulta, sin herir ni lastimar a otros.

Entre las múltiples causas de la violencia se han señalado a los medios de comunicación como un posible factor contribuyente hacia conductas agresivas. En esa dirección se inscribe el estudio sobre video juegos violentos, realizado con cerca de 6.000 estudiantes latinos en la Universidad de Houston. También se hace referencia al proceso de aculturización y el riesgo de adoptar conductas agresivas.

Dos estudios sobre suicidios en Bogotá, realizados por investigadores de la Universidad Nacional de Colombia, permiten acercarse a esta otra faceta de la violencia, la autoinfligida, que parece está aumentando en la población juvenil en Bogotá; además, los mismos autores presentan un análisis sobre la ideación suicida en estudiantes universitarios, del cual se pueden extraer enseñanzas para su prevención.

Desde la alcaldía de Bogotá, símbolo de Colombia ante el mundo, nos dicen con una voz de aliento: sí es posible reducir la violencia. Quizás esto tenga mayor significado cuando ha sucedido en la ciudad capital del país más violento de nuestro continente. Si bien, faltan evaluaciones con rigor académico para el caso Bogotá, al observar que los indicadores negativos caen, se evidencia que algo o mucho se ha hecho para mejorar la convivencia, incrementar la seguridad y hacer más amable la vida en medio del temor que aún se respira por las otras formas de violencia. Bogotá va adelante, pero Colombia no, y aún hay tantas cosas por hacer. Este caso debe verse como un ejemplo a imitar.

El conflicto armado ha creado otro problema social de alarmantes proporciones. Nos referimos a los desplazados, a aquellas miles y miles de familias enteras, mujeres, niños, hombres de edad diversa, que han debido abandonar su bohío y su parcela, cuando las tenían, sus raíces y sus muertos, que siempre han tenido, para refugiarse en la ciudad extraña, donde otras formas de violencia les esperan y problemas de salud les aparecen. Un estudio riguroso, útil, amplio, sobre este drama, realizado en Cartagena por investigadoras del INS, se acompaña de una propuesta para que la realidad sea menos dolorosa, invitando a la acción y a acompañar a todas esas personas que son colombianas desplazadas, quienes merecen una calidad de vida donde quiera que estén, mas aún cuando no están donde quisieran y son víctimas de un proceso perverso que no apoyan ni quieren ver por siempre.

La sociedad colombiana necesita con urgencia la solución de esta situación. Así lo reclaman de diversas formas los cientos de víctimas y sus familias, así como los ciudadanos, los investigadores, los líderes, los académicos, las comunidades y, en fin, todos los que creen que aún es posible vivir en una Colombia amable, donde se respete la vida, se toleren las diferencias de opinión y se diriman los conflictos por vías pacíficas y civilizadas. Un país en el que los pájaros, los que vuelan desde la imaginación de nuestros artistas y los que surcan el cielo, puedan posarse en las plazas de cualquier ciudad sin temor a ser destrozados por una explosión.

No dudamos en decir que tendremos mejores proyectos preventivos si hay una buena base científica para su aplicación. Esperamos que este número despierte la atención e interés por mejorar y desarrollar la investigación. Será nuestro aporte a la prevención de la violencia.

Alberto Concha Eastman

Editor invitado

Asesor Regional en Salud y Violencia, OPS/OMS

Washington, D.C., EE.UU.